

Díaz Ordóñez en la Academia de la Historia

El día 30 de mayo, en sesión pública, tuvo efecto la recepción del Lic. Virgilio Díaz Ordóñez como individuo de número de la Academia Dominicana de la Historia, para llenar la vacante ocurrida por el sensible fallecimiento del Dr. Federico Henríquez y Carvajal. A causa del reciente duelo producido en esta corporación por el muy deplorado fallecimiento del académico Lic. Julio Ortega Frier, el acto se limitó al cumplimiento de las formalidades reglamentarias. Así lo expresó el Presidente de la Academia, quien al iniciarse la sesión propuso dedicar un minuto de silencio a la memoria de aquel que, al morir, dejaba "un profundo vacío en el seno de la intelectualidad dominicana y de modo singular en la Academia de la cual fué miembro prestante".

Ocupaban la presidencia del acto los académicos de número Dr. Manuel de J. Troncoso de la Concha, Ramón Emilio Jiménez, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Fray Cipriano de Utrera y Lic. Manuel A. Amiama y los académicos correspondientes Dr. Joaquín Balaguer, Dr. Vetilio Alfau Durán, César A. Herrera y Lic. Francisco Elpidio Beras.

El Presidente de la Academia saludó al nuevo académico haciendo mérito de las altas cualidades que distinguían al Lic. Díaz Ordóñez y de que había dado sobradas muestras como hombre de letras, como gobernante, miembro conspicuo de la sociedad dominicana y por su dedicación a la difusión de la Historia.

En seguida el nuevo académico dió lectura al discurso que insertamos en otro lugar de esta edición.

Con el ingreso del señor Díaz Ordóñez en su seno como académico de número, la Academia Dominicana de la Historia se asegura el concurso de un elemento de primer orden que ha brillado con luz propia en nuestros círculos intelectuales y sociales, así como en las más elevadas posiciones de la política y la diplomacia.

Honramos las páginas de CLIO al hacer estas justas referencias del nuevo académico.

DISCURSO DEL LIC. VIRGILIO DIAZ ORDOÑEZ

Ilustre Señor Presidente,
Ilustres Señores Académicos,

Señores:

El día 26 de febrero del año 1912, en el antiguo local de la Escuela de Bachilleres de Santo Domingo, me invistió con el título de Bachiller en Ciencias y Letras, el Maestro Don Federico Henríquez y Carvajal. Concedióseme en aquella sencilla ceremonia el especial privilegio de hablar en nombre de los compañeros de graduación para expresar colectivos sentimientos de gratitud hacia los profesores de aquella Escuela y para exponer propósitos frente a la vida que el entusiasmo juvenil vislumbraba iluminada por soles dorados y estremecida por la ilusión de todas las esperanzas. Pero, especialmente, mis palabras en aquella ocasión buscaron el camino del elogio puro, de la devoción sincera, de la admiración profunda, del amor filiar, para rendir homenaje fervoroso al ilustre educador de cuyas manos recibíamos el blanco diploma y de cuyo espíritu fecundo la juventud dominicana, hecha promesa de flor, recibía ese hálito que la dejó transida del presentimiento del fruto.

En aquella mañana del 26 de febrero del año 1912, ya desdibujada en la distancia pero salvada en la memoria, el Maestro Don Federico Henríquez y Carvajal nos aparecía, con su verbo cordial y encendido flameando bajo las cenizas cálidas que comenzaban a blanquear sus cabellos de poeta, como el símbolo de una ejemplaridad trascendente, como una señal clavada en el vértice de una montaña para que quienes cruzábamos por los caminos que serpentean en el bajo llano viéramos hasta donde puede llegar y hasta donde puede ascender la voluntad de un apóstol y la tenacidad de un espíritu nutrido de ideales.

Las virtudes del ejemplar Maestro de generaciones dominicanas, su denodado desinterés, su enorme perseverancia, su misma palabra sabia dentro del mismo marco de su sonrisa plácida la encontré de nuevo



en las aulas académicas del Instituto Profesional, estación y etapa de la ilustre y multiseccular Universidad de Santo Domingo.

Entre 1916 y 1924 aquella sonrisa se le puso triste. El patriota quiso y pudo practicar y vivir su prédica. Su cátedra se hizo tribuna; la raíz se hizo ala y el ala ensayó la crispatura de la garra; la cátedra sedentaria del pedagogo se transformó en febril trashumancia patriótica y el canto lírico aprendió el ronco trepidar de la protesta contra la usurpación y la injusticia.

Cuando salió de nuevo el sol —y el sol sale siempre después de cada noche—, en el nuevo amanecer del año 1924, pudo el Maestro, desde la cumbre de su múltiple veteranidad, repetir como Fray Luis de León, con diáfana sencillez: “Como decíamos ayer . . .” y después del desbordamiento, después de aquel “empuje de crecidas aguas”, las claras corrientes de su vida volvieron al viejo cauce orillado de ideales apostólicos de aleccionadora ejemplaridad, de siembra fecunda y de cotidiana bondad generosa.

En esta misma Academia Dominicana de la Historia, que hoy prestigia y ennoblece la presidencia de otro eminente dominicano, no menos ilustre, el Honorable Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, paradigma de ciudadanos, arquetipo de académicos, modelo de profesores, quien ha hecho de su vida una cátedra fecunda y de su hogar una fragua de caracteres ejemplares; en esta misma Academia Dominicana de la Historia, decía, mi venerable antecesor en la silla que hoy voy a ocupar con excesiva honra para mis limitadísimos merecimientos, el Doctor y Maestro Don Federico Henríquez y Carvajal dejó huellas imperecederas de su devoción insomne y de su lealtad sin ocaso a los ideales que fueron sol de su vida y cenit de su existencia.

Séanme propicias esas huellas para encontrar los caminos que me hagan digno, siquiera en parte, de ocupar el asiento que iluminó con sus virtudes intelectuales y patrióticas tan ilustre varón, e inspíreme su ejemplo y su constancia para servir a esta ilustre Academia con la misma fe robusta con que en mis años de adolescente él me enseñó la ciencia profunda y sencilla de ser bueno y ser útil!

Señores Académicos:

La historia, ha dicho Oswald Spengler, debe ser escrita por poetas. Entiendo que esa afirmación debe ser interpretada como una invitación a ponderar el sentido pedagógico de la historia. Construída y le-

vantada en gran parte con ese frágil material que es el testimonio humano (el más deleznable e inseguro con que construimos la justicia y la historia, como lo tiene afirmado el Profesor Gorphe), ella arroja al caudaloso cauce de su inagotable corriente los más heterogéneos elementos que formaron la sustancia de acontecimientos y de vidas. Considerada en su modalidad biográfica —ya que para unos la historia es una sucesión de biografías; o en su modalidad de puro acontecer ya que para otros la historia es constante devenir de acontecimientos—; o en su modalidad de tipo estadístico, si nos atenemos en parte a lo postulado por Gustavo Lebon en sus “Bases científicas para una nueva filosofía de la Historia”; o si seguimos una cualquiera de las numerosas tendencias que se comparten los dominios de la interpretación histórica, lo cierto es que los métodos generalmente usados extraen de las canteras del tiempo elementos promiscuos entre los cuales la bella verdad va muchas veces del brazo de la verdad grotesca.

La historia, señores, debe tener sus derelictos. En el perenne diluviar de los tiempos, en la constante marea ascendente de los años y los siglos, en esta perpetua inundación en que relojes incansables tratan de marcar niveles en movimiento cada vez más alto, en este inmemorial naufragio permanente de las horas y los días, la historia debería fincarse en el extremo de los mástiles todavía no sumergidos totalmente, y desde allí, desde lo más alto, desde donde el ideal, o el heroísmo, o la virtud desplegaron su bandera, plasmar para siempre el recuerdo emulador de aquello que ganó gloria y derecho a la perdurabilidad ejemplar. Lo demás, lo otro, debería quedar, junto con sus resabios analíticos y sus curiosidades de microscopio, sumergido en lo que bien podría llamarse el olvido o el perdón sin palabras de la historia.

Un mundo sin historia sería un mundo sin recuerdos, y esto valdría decir un mundo sin experiencia. Pero esa experiencia y esa memoria habrían de ser más noblemente emuladoras, constructivas y generosas cuando al futuro le fueren recordados por la voz de la historia hechos y vidas dignos de ser repetidos y superados.

El curso de estos razonamientos nos llevan directamente a enfrentarnos a una nueva pedagogía de la Historia. ¿Y por qué no? La Historia tiene su ética y su estética. Tiene su verdad memorable y su verdad lamentable. Los hechos historiables tienen sus perfiles iluminados y sus perfiles opacos y sordidos. Fatalmente, los metales nobles yacen, en espera del hallazgo, entremezclados con elementos de calidad distinta predestinados a constituir la escoria.



Claro está que, para obtener el oro puro, necesario es tomar en las manos la arenilla o la piedra de donde la depuración hará surgir la pureza áurea. Pero, cuando menos para fines pedagógicos, conveniente parece que la labor analítica y disectora, la autopsia histórica, si se me permite llamarla así, podría ser reservada para la discreción del laboratorio de investigaciones positivistas; y así los textos de enseñanza de la Historia presentarían el paisaje del pasado en su aspecto optimista de emuladora bondad y de estética fecunda.

La memoria de lo grato hace al hombre más bueno que el recuerdo de lo aciago y amargo. El resentimiento, individual o colectivo, es descendiente directo de los fantasmas de la angustia y la desventura. Sobre la fosa de esos sentimientos dolorosos, cúbrase la lápida de la Historia con la antigua fragancia del laurel y el mirto, para que del pasado sólo llegue al futuro la simiente de bien que plantaron los que fueron. Y así la bondad y la belleza del pasado actuarían en virtuosa función de cultura histórica.

Creo recordar que en una ocasión describí la Historia como marcha de hombres sobre camino de siglos. Si el fatalismo de las cosas hace inevitable que la humanidad haya de cruzar ese amplio sendero, ¿qué mal habría en alivianar las alforjas de la viandante y en poner en su ruta rosas despojadas de espinas?

Naturalmente, que estas ideas acaso conducirían al concepto de una Historia purista, desprovista de esa función de justicia póstuma que a veces la cubre con la toga imponente de una Némesis castigadora. Pero recordemos que el castigo es una invención humana y que la esencia de la justicia divina no es otra cosa que el olvido del mal. Además, puede que el silencio no siempre sea perdón.

Señores Académicos:

Me he referido hasta este instante al pasado como fuente generadora de Historia pura e inclinando el pensamiento hacia conceptos de carácter universal.

Pero nos encontramos en la Academia Dominicana de la Historia y esa sola circunstancia nos trae a la Patria y al presente. Una Patria de un pasado dramático y romántico y un presente cuyas matrices engendran una nueva y distinta historia de la República Dominicana.

A partir del año 1930, la historia nacional gira sobre el eje de un hombre excepcional destinado a cambiar radicalmente los rumbos de la vida dominicana. Trujillo, en el tiempo y en el espacio, no es sólo un Conductor, un personaje dinámico de una política activísima, un rector vigilante rigiendo un infatigable sistema administrativo creado por él mismo. Trujillo rompe el molde de los viejos caudillos de nuestra Historia y se nos presenta, no ya como un carácter de típicos y frecuentes perfiles políticos, sino como un acontecimiento, como uno de esos historiógenos de cuyo vértice se derivan multitud de acontecimientos, tal como si esas innumerables consecuencias derivaran, no de un hombre, no de una vida, sino de todo un cúmulo de generaciones, de la síntesis de la vida de todo un pueblo, desde el hondón sagrado del instinto hasta la altura del pensamiento de ese pueblo, dicho así en glosa de una bella expresión de un altísimo poeta dominicano.

Para la Academia Dominicana de la Historia, para la cantera de la historia patria, el aporte de Trujillo es vena fecunda, más copiosa, más trascendente, más plena y más decisiva que la que en toda nuestra vida republicana haya podido aportar ningún otro dominicano.

Y sea esto elogio al eminente estadista, al Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, el personal homenaje de uno de sus modestos servidores, elogio que formulo agradecidamente en su honor desde el pórtico de este templo de la Historia, erigido por sus magníficos anhelos de patriota y de hombre que ha forjado infatigablemente progreso y cultura: una de las más hermosas maneras de hacer historia.

Virgilio Díaz Ordóñez

